



CON EL URUGUAYO DANIEL VIGLIETTI EN PARIS

¡Quiero saber por qué no puedo cantar en España!

JOSE MONLEON

VIVE en el piso alto de uno de los bloques periféricos de París, exactamente en Mairie d'Ivry. Nos equivocamos de puerta y al timbrazo suceden unos pasos cautelosos, la adivinada presencia de alguien que nos mira desde el otro lado, ruido de cerrojos y el silencio. No, no debe ser siempre agradable vivir en París sin llevar en el rostro y en el aire la identidad francesa.

Damos al fin con la casa de Daniel Viglietti, uno entre los millares de latinoamericanos que vinieron a Europa huyendo de la quema. Las un día consideradas democracias "ejemplares" del Cono Sur son hoy tierra áspera y caliente. Quienes allí cantaban la libertad andan ahora, en el mejor de los casos, diseminados por el mundo. El uruguayo Viglietti es un ejemplo. Y cuando nos ponemos a hablar —en la habitación luminosa donde trabaja, junto a las fotografías de sus amigos, entre carteles y magnetófonos—, por vivir yo en Madrid, lo primero que sale es la historia de su recital en el Monumental y la prohibición con que actualmente tropiezan todos sus intentos de volver a cantar en España.

Pequeña historia de una prohibición

—Es importante aclarar lo sucedido. En la difícil España de hoy una serie de nombres siguen manejándose con el criterio de épocas anteriores. El hecho de que durante tantos años la prensa haya estado tan controlada y cualquier artista independiente juzgado como un peligro social, ha generado una serie de imágenes equivocadas, que van desde el desmesurado recelo con que un sector de la pequeña burguesía contempla a tales artistas al igualmente desmesurado carácter heroico que otros sectores democráticos les confieren. El artista prohibido se convierte en un mito. Sepamos,

pues, exactamente lo que te pasó en España.

—Lo que sucedió tuvo, me parece, escasa importancia, aunque algunos, quizá por eso que tú dices, aquí se hayan empeñado después en darle trascendencia. Me presenté en el Monumental, en el año setenta y cuatro, con un recital ajustado a las normas vigentes en España. O sea, habiendo presentado antes todos los textos a censura, con la sorpresa de ver que algunas canciones autorizadas en Barcelona eran prohibidas en Madrid, o viceversa. Cumplí estrictamente el programa, que se desarrolló ante un público numeroso y de un modo ordenado, sin que se produjera en la sala ningún tipo de incidente. Concluido el recital, como de costumbre, me reuní con periodistas y amigos, entre los que había algunos uruguayos, en el camerino y, cuando nos disponíamos a salir, alguien me avisó de que afuera del teatro se había producido una pequeña manifestación. Decidimos esperar hasta ver en qué derivaba, y cuando, un rato después, cruzábamos la platea para salir del teatro, oímos ciertos gritos de sorpresa porque algunos funcionarios de Policía, vestidos de paisano, habían entrado en el Monumental. Al llegar nuestro grupo al vestíbulo, el jefe de los policías, que ya había dialogado antes con el empresario del teatro y con el editor de los discos, preguntó por el cantante. Quería saber si durante el recital yo había usado la palabra libertad, cosa que también me pareció sorprendente y no exenta de humor. Mi respuesta fue muy breve, porque más que ponerme a revisar la cantidad de veces que la palabra libertad podía estar dicha o sugerida en mi repertorio, le expliqué que yo había cumplido el trámite administrativo de censura y respetado escrupulosamente sus resultados. El funcionario volvió a su coche, consultó evidentemente a sus superiores y re-

gresó para decirnos que también nosotros debíamos acompañarle a la Dirección General de Seguridad. Y digo "también" porque muchos de los manifestantes, cuya cifra establecieron los periódicos entre doscientas y trescientas personas, habían sido ya trasladados a la citada Dirección General. Nos llevaron en un coche al editor de discos, al gerente del teatro y a mí, y, tras una larga espera, simplemente nos pidieron el documento de identidad y anotaron el número. Terminado esto, nos quedamos tranquilos y conformes, en el sentido de que, con respecto a nuestra situación, había quedado claro que éramos ajenos a lo sucedido fuera del teatro. Pero al día siguiente, muy temprano, vino a buscarme un nuevo funcionario diciéndome que tenían que hacerme unas preguntas. Giraron en torno a cuáles eran mis opiniones políticas, si había sido detenido alguna vez y, sobre todo, si tenía conocimiento previo de esa manifestación, de la cual, por supuesto, no sabía absolutamente nada. Tras el interrogatorio, me retiraron el pasaporte y me dijeron que volviera por él veinticuatro horas más tarde; me presenté con el que pasó a ser mi abogado, Gregorio Peces Barba, y me devolvieron el pasaporte con la actitud amable de un "aquí no ha pasado nada". Incluso pregunté si podía trasladarme a Barcelona para hacer una gestión en la casa de discos, y me contestaron que no había ningún problema y que podía viajar hasta el lugar que quisiera de España. Así que me fui a Barcelona y salí normalmente del país, cosa que conviene subrayar, porque en un periódico apareció la noticia de que yo había salido apresuradamente, dando una idea del hecho cercana a la expulsión totalmente falsa. No hubo expulsión alguna ni constancia de ningún tipo en el pasaporte. Pasado cierto tiempo, Edicsa decidió editar mi disco "Trópicos" y convocó una

rueda de prensa, enterándome con tal motivo de que estaba prohibida mi entrada en España. De entonces a hoy, periódicamente, y en diversas ocasiones, hemos hecho gestiones para arreglar el problema, sin que, hasta la fecha, hayamos obtenido resultados positivos. Lo último ha sido una carta que yo mandé al Consulado de España en París, que supongo habrá sido reexpedida a la Dirección General de Seguridad, en la que yo pido que se me aclaren las razones por las que no puedo ir a un país donde me gustaría desarrollar parte de mi carrera artística (dar recitales, grabar más discos) y, consiguientemente, reanudar la relación con un público que es muy importante para mí y para el que quizá pueda servir de algo lo que yo hago.

Los compromisos de un cantante

—¿Cuál fue, antes de venirte a Europa, tu labor artística y tu significación política?

—Siempre es complicado auto-definirse. Pero yo recuerdo la definición que hizo de mí un gran escritor, Mario Bellocoetti, al decir que mi caso no era el de un militante y, mucho menos, el de un héroe, pero tampoco el de un marginado de la realidad de su país y de su pueblo. Creo que he sido parte en Uruguay de un movimiento cultural que, durante los años sesenta y comienzos de los setenta, expresó el derrumbe de una democracia considerada ejemplar hasta entonces en América Latina y la necesidad sentida por muchos de sustituir el viejo sistema por algo más igualitario, se llamara como se llamara. Se trata de una rebelión, bien conocida por los españoles, que pasó también por la canción. Esta dejó de ser un simple elemento de distracción, tal como había sucedido hasta el año sesenta, y se transformó en una herramienta de opinión; opinión diversa,

expresada a través de estilos también diversos, pero siempre dentro de una defensa de los intereses populares. Yo formé parte de todo ese movimiento, que si bien no tiene un nombre definido, como ha sucedido con la "canción chilena", fue paralelo al que se dio en otros países latinoamericanos, y que abarcó no sólo la canción, sino también el teatro, el cine, la literatura, etcétera. Creo que en esa experiencia hay muchos puntos que merecen ser destacados, particularmente el establecimiento de un contacto muy directo entre los artistas y el pueblo. Realizamos una campaña de divulgación de la canción, y ésta llegó a los pueblos del interior, centros estudiantiles, sindicatos, plazas públicas, etcétera. La canción interesó a buena parte de la mayoría uruguaya, y el examen de la reacción (aunque sea a menudo demasiado superficial al recurrir a lo que hace el enemigo para justificar el valor de nuestros actos) nos prueba que esta última la atacó reiteradamente en muchas de sus voces, sea con la prisión, sea con la censura, y luego, a medida que los restos de democracia se derrumbaron, incluso con la tortura. Son casos que siempre conviene señalar, porque se refieren a compañeros que continúan en prisión y que han sido muy importantes para la canción uruguaya, como es el caso de Anibal Sampayo o Ricardo Collazos, encarcelados desde el setenta y dos. Con lo cual subrayo que el mío no es un caso aislado, sino que forma parte de todo un contexto.

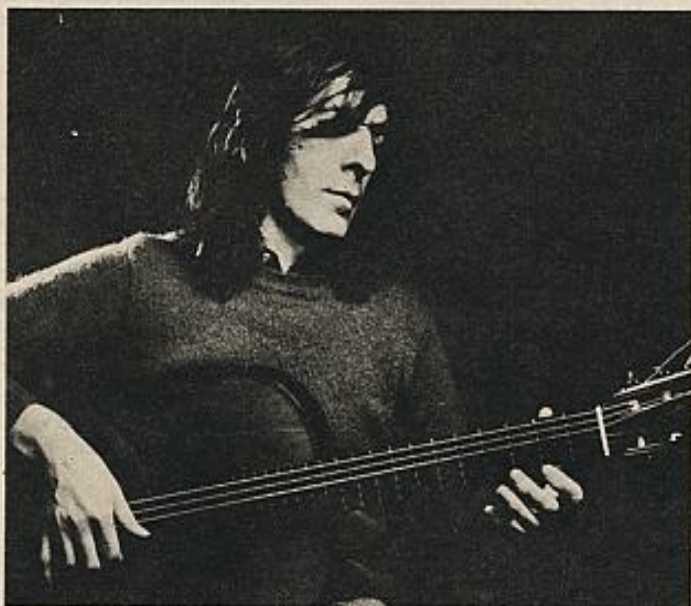
—¿Hasta dónde ha llegado tu compromiso específico? ¿Podría justificar tu prohibición en España el hecho de que tu comportamiento fuera singularmente radical?

—Se trata de una mezcla de elementos que viene de atrás. Recordando el reportaje que una vez me hicieron en Uruguay, cuando aún había varios periódicos, catalogándome de cantor guerrillero. Lo cual de por sí es un absurdo. Aclaré en ese momento (y lo hacía en un Uruguay tenso, donde sí había lucha de guerrillas) que yo era un cantante y no un guerrillero, y que era importante separar los dos terrenos. Dejar claro que si mi canción, en un momento dado, podía aludir a los fenómenos que estaban ocurriendo, no hacía otra cosa que interpretarlos. Lo cual no quiere decir que no respete el ejemplo de quienes dejaron la poesía y la canción (aunque yo no diría "dejar", sino potenciar con otra actitud), como es el caso de Benjo Cruz en Bolivia, de Jorge Salermo en Uruguay y de tantos otros, cada uno en su nivel de desarrollo musical, o de un hombre como Víctor Jara, que, en el mo-

mento de saber que su patria era atacada, tomó un puesto en la lucha... Yo respeto todo eso y no lo eludo. Simplemente, constato que mi vida, por una serie de razones y de circunstancias, ha sido la de un cantante comprometido con su pueblo a través de la canción y de una actitud cotidiana que trata de ser coherente, pero que no me ha llevado a tomar un fusil, a fabricar bombas o a esconder dinamita dentro del estuche de mi guitarra. Estoy acostumbrado, por lo demás, en las pocas experiencias con la represión, a que ese estuche lo revisen.

Los peligros del exilio

—El hecho de que una serie de cantantes latinoamericanos estén



"Mi vida es la de un cantante comprometido con su pueblo a través de la canción y de una actitud cotidiana que trata de ser coherente".

hoy en Europa, dentro de un marco político distinto al de vuestro continente, plantea la duda de si sois realmente entendidos o de si constituis una moda, un fenómeno subconscientemente protegido por la mala conciencia del viejo mundo. ¿Qué está saliendo de vuestra relación con la sociedad europea? ¿Habéis asumido, en tanto que cantantes, el exilio, o vuestro trabajo tiende sólo a reflejar las calamidades vividas anteriormente?

—El hecho de que estemos cantando en Europa (aunque he de decirte que en este ciclo del exilio yo también he ido a los países latinoamericanos donde aún es posible ir y a los Estados Unidos) hace que nuestras canciones tengan mucho de pregunta. Una pregunta muy an-

cha, llena de canciones y voces diferentes; una pregunta dramática, difícil de formular en tres palabras, quizá por eso expresada con tantas voces y tantas canciones. Es un "por qué" está ocurriendo lo que ocurre en América Latina; un "por qué" ocurrió lo de antes; un "por qué" las responsabilidades del mundo desarrollado frente a nosotros; un "por qué" la dificultad de volver a vivir una normalidad siquiera institucional; un "por qué" se siguen agregando dificultades a los exiliados de aquella situación. Es un "por qué" muy violento, y creo que las respuestas que estamos recibiendo tienen también diferentes niveles, siendo la respuesta más rica, la que más importa, la de la gente común que nos escucha en los diferentes países. En ese sentido existe también una diversi-

que el chileno. La Dictadura uruguaya asesina, tortura, maneja las Policías paralelas, quedándose un poco a la sombra de toda la explosión de publicidad que significó lo ocurrido en Chile. Protegida por esa difusión, la Dictadura uruguaya opera con una cierta impunidad publicitaria. De ahí que para los uruguayos sea muy particular nuestra relación con los públicos europeos, porque significa que tienen que dar no sólo el salto desde un mundo con las características culturales del desarrollo a otro como el agredido chileno, sabiendo lo que allí ocurrió en la época de Allende, sino que tienen que dar un nuevo salto para entender que hay otra realidad igualmente dolorosa, con la consiguiente conclusión de que se trata de un problema prácticamente continental. Por lo demás, la respuesta no sólo es generosa, sino que también es crítica. Lo cual me parece muy bueno. No somos los representantes mecánicos de una tristeza lejana que hay que compadecer.

—Una característica general del exilio es la "fijación" en un tiempo pasado. El exiliado político es siempre un derrotado y su tendencia lógica es preguntarse continuamente por las causas de esa derrota y volver con la memoria a los días en que pudo evitarse. ¿Qué papel cumple, en este sentido, la canción latinoamericana? ¿Contribuye a reforzar la relación con un tiempo ya pasado (la etapa de Allende, por ejemplo) o será capaz también de testimoniar sobre los actuales problemas del exiliado, en el país y hora en que vive, enfrentado con idiomas y tradiciones históricas que no son los suyos?

—No puedo leer el futuro, pero creo que es un objetivo a plantearse: el que la canción, sometida a todos estos fenómenos de desarticulación, de dispersión, tome de esos mismos elementos nuevos trazos para su identidad. Y digo canción, pero también podría decir pueblo. Estamos sometidos a una serie de cambios ambientales, de enfrentamientos con realidades y mentalidades diferentes, que, en muchos sentidos, nos están enriqueciendo. Tenemos que darnos cuenta de eso porque es un enriquecimiento muy silencioso, ya que lo sonoro es el dolor. Creo que nos vamos a transformar en la síntesis de muchos elementos desde el punto de vista cultural; no van a ser elementos sustitutivos, elementos que destruyen la cultura que sentimos como propia, sino aportes que no tenemos por qué condenar. No sé quiénes lograrán ni cómo se conseguirá esa síntesis, aunque entiendo que es un reto que vale todas nuestras penas actuales. ■